

## **Semana 1: “Tu nueva identidad en Cristo” (Juan 3:16-21)**

### **Día 1: Prefacio**

En este primer día nos introduciremos a un mayor conocimiento sobre Cristo y su identidad. Ahora bien, para nosotros los cristianos, nuestra identidad se deriva de Dios y lo que él afirma que somos. Las Escrituras declaran que “en Cristo somos una nueva criatura”; por lo que, al haber adquirido tu nueva identidad en Cristo, descubrirás los privilegios de ser hijo de Dios. A medida que tu mente va siendo renovada por Dios aprenderás a operar con una mayor comprensión del amor y gracia que Él tiene por ti, estas te ayudarán a descubrir tu mejor versión; te empoderará con una dimensión de libertad, seguridad y paz, capacitándote para que de tu mejor y mayor contribución al Reino de Dios y a la sociedad que te rodea.

Es importante que también comprendamos lo necesario respecto a la identidad de Jesús; Él es el Cristo, el Hijo del Dios viviente, su identidad es determinada por su filiación con Dios, dicha relación trasciende las naturalezas humanas y divinas. Jesús es Hijo de Dios, tanto en su naturaleza humana como en su naturaleza divina, es decir, desde antes de la encarnación él es Hijo de Dios.

A menudo, cuando nos preguntan quiénes somos, nuestra respuesta suele ser un nombre, un lugar de procedencia o un oficio, aunque estos no son del todo respuestas incorrectas, no hacen justicia a lo que en realidad somos; solamente dan indicaciones de nuestra ocupación y lugar de procedencia terrenal. En una escena de la película *Vencedor* de los hermanos Kendrick, John Harrison (Alex Kendrick) conversa con Thomas Hill (Cameron Arnett), un paciente invidente; este último le pregunta “¿quién es él?”, luego de John darle diferentes respuestas respecto a su profesión, el invidente logra atinar que, aunque afirmaba amar a Dios, lo último que se consideraba era cristiano (2019)<sup>2</sup>. Para Dios somos más que la profesión que ocupamos o el lugar de dónde venimos, para Él somos el tesoro más especial.

---

<sup>2</sup> Kendrick, Alex y Stephen Kendrick. 2019. *Vencedor*. Columbus: Kendrick Brothers.

Con nuestra nueva identidad también obtenemos una nueva ciudadanía, al recibir a Cristo adquieres la ciudadanía celestial (Fil. 3:17-21); por lo tanto, con esta nueva ciudadanía eres aceptado por Dios en Cristo y debes sentirte como tal; es decir, valorado, amigo, justificado, uno en el Señor y en su Espíritu, perteneciente a su cuerpo, con acceso directo hacia Dios.

Cuando terminas de comprender todo lo que el Salvador ha hecho constantemente por ti, Él se convierte en lo más importante de tu vida, y eso es lo que deseamos lograr con este curso, que comprendas todo lo que implica tu nueva identidad en Cristo. En un momento de debilidad, quizá clames “nadie sabe lo que se siente; nadie entiende”, pero el Hijo de Dios sabe y entiende perfectamente, ya que Él ha sentido y llevado tus cargas.

La identidad nueva debe ser perceptible tanto para nosotros mismos, como para los demás. Si estás en Cristo, debería ser evidente, como también lo sería estar en el mundo. Con nuestra nueva identidad ya hemos sido liberados de la esclavitud del pecado (Ro. 6:6) y hemos sido reconciliados con Dios (Ro. 5:10). Esta identidad cambia por completo nuestra relación con Dios, con nuestras familias, y la forma en la que vemos el mundo.

Una de las mayores bendiciones de esta identidad es la gracia para crecer hacia la madurez espiritual que Dios nos exhorta a alcanzar. Tu vida, a la luz de tu identidad en Cristo, está llena de un Padre celestial y una familia grande y amorosa.

Un punto más que acotar es que cuando adquieres una identidad, humanamente hablando, te haces poseedor de derechos y deberes. Lo mismo ocurre con esta nueva identidad, ya hemos hablado bastante de los derechos, pero debemos recordar que también tenemos deberes. Uno de nuestros deberes es proclamar y reflejar las virtudes de aquel que nos llamó (1 Pe. 2:9); pero esto no es solo un deber, sino también ¡es un privilegio poder reflejar las excelencias de nuestro Dios!

Con tu nueva identificación en mano sería ideal comprometerte a reconocer lo que eras y lo que deseas ser, apuntando a la excelencia; podrías reconocer y prometer lo siguiente:

“Admito que era impotente ante el pecado, mi vida se había vuelto intolerable para Dios, pero ahora creo en Él, creo que me mantendrá en sano juicio, decido poner mi voluntad a su cuidado. Sin temor, decido realizar un minucioso inventario moral de

mí mismo. Me comprometo también a reparar y resarcir el daño infligido a mis semejantes, a orar diariamente. Con la ayuda de Dios y mi esfuerzo diario, voy a madurar espiritualmente como resultado de completar y poner en práctica todo lo aprendido en este curso y lo extenderé a otros, en el nombre de Jesús, amén”.

## **Día 2: “La visión del autor bíblico”**

Juan, el más joven de los apóstoles, escribió su Evangelio algún tiempo después de los otros evangelistas. Su propósito principal fue complementar lo que ya había sido plasmado por sus antecesores. Su escrito trata los asuntos más profundos respecto a la vida de Jesús, utiliza un estilo directo y sencillo, fácil de comprender para el vulgo. El hijo de Zebedeo, como se le conoce en otros escritos, presenta a Jesús como el Hijo de Dios, el “unigénito del Padre”. En Juan 3:16 hallamos “el corazón del Evangelio”, en él se encuentran, de manera sintetizada, todas las buenas noticias para la salvación, el amor y la ira de Dios representados en la entrega voluntaria de Jesús como sacrificio expiatorio por nuestros pecados.

El apóstol también tiene en mente refutar con la verdad del Evangelio las enseñanzas del gnosticismo. Algunas de las teorías heréticas del gnosticismo enseñaban que el Dios del Antiguo Testamento y el del Nuevo Testamento eran seres diferentes y opuestos, el primero airado y el segundo amoroso; para refutar esta herejía Juan repite 91 veces la palabra Padre, dando a entender que, no solo se trataba del mismo Dios, sino que el Dios que es amor, también es justicia, y que su relación filial con Jesús es patente desde el principio de la creación.

Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él. El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, pero la humanidad prefirió las tinieblas a la luz, porque sus hechos eran perversos. Pues todo el que hace lo malo aborrece la luz, y no se acerca a ella por temor a que sus obras queden al descubierto. En cambio, el que practica la verdad se acerca a la luz, para que se vea claramente que ha hecho sus obras en obediencia a Dios (Jn. 3:16-21 NVI).

Juan 3:16 es uno de los textos más citados de las Sagradas Escrituras, con suficiente razón ya que en este texto está sintetizado el mensaje del Evangelio. Es más, podemos decir que tenemos en este verso el resumen del mensaje de todas las Escrituras. Este texto nos habla al menos de tres puntos medulares respecto a Dios Padre: su gran regalo, su gran amor y su gran salvación.

Jesús es el gran regalo del Padre. Él nos dio a su propio Hijo, su unigénito; Dios no puede dar sino lo mejor de sí mismo. Dios es perfecto, así que solo puede dar un regalo perfecto; Jesús, al ser Dios, es igual de perfecto. Dios es infinito, así que su regalo se ofreció como un sacrificio de poder infinito para salvar a los pecadores.

En su gran amor, Él permitió que su Hijo sufriera maltratos, vituperios, insultos y la muerte humana para que nosotros podamos recibir el perdón de nuestros pecados, un perdón genuino que se obtiene cuando colocamos toda nuestra fe en Él.

La salvación que el Padre nos da por medio de Jesús es la vida eterna. Hoy en día puede haber personas a las que no les interesa esta vida, pero el regalo de Dios va más allá de esta vida; para no vivir en una muerte y tortura eterna es necesario poner nuestra fe en Jesús. Sin Jesús estamos en la muerte y, como resultado, en condenación.

La vida que Jesús nos regala es plena, feliz, alegre, satisfactoria, eterna, en comunión con Dios, el disfrute de esa vida es por toda la eternidad. El vivir en el plano terrenal es temporal, pero el vivir que Dios nos regala es en el disfrute de Él desde hoy hasta la eternidad, es decir, sin fin. Así como la condenación será sin fin, la salvación es sin final.

¿Por qué se escribió esta sección del libro? Porque a pesar de que esta vida está llena de desafíos e incertidumbre, a pesar de que fallamos en cuanto a nuestras fuerzas y resistencia al pecado, Dios envió a su hijo a la tierra. Jesucristo llevó una vida perfecta y sin pecado, enseñó su Evangelio y nos mostró la manera correcta de vivir; además, ofreció su propia vida como sacrificio por nuestros pecados. Él es nuestro amoroso Salvador y Redentor.

¿Qué sucedería si se quitara esta sección? Sería un Evangelio mutilado, sin una de las secciones más importantes y con la mayor verdad que Dios nos pudo demostrar, ¡ay de aquel que quite una tilde de la Palabra de Dios!, cuánto más si se nos quitara una porción completa.

¿Para qué incluyó el autor esta sección como parte integral del todo? Para que nosotros podamos comprender ese amor, tierno y sublime con que Dios nos amó, y por lo que entregó hasta la última gota de sangre para darnos redención por nuestros pecados, era absolutamente necesario que esta sección estuviera en el lugar que está.

### **Día 3: “Vida en tiempos bíblicos”**

El contexto histórico hace referencia al tiempo en el que se escribió determinado escrito, por ejemplo, si leemos Las Crónicas de Narnia, es necesario comprender que se redactó durante los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, por lo que se comprende que haya muchas alusiones a esta.

El cuarto Evangelio se escribió probablemente en la ciudad de Éfeso hacia el año 100 d.C., allí había iglesia desde varias décadas atrás gracias a la labor misionera del apóstol Pablo y su equipo. Al parecer, el apóstol Juan se trasladó a Éfeso poco después de la destrucción de Jerusalén a manos de Tito en el año 70 d.C.

Como se ha indicado anteriormente, su autor fue el apóstol Juan (Jn. 21:20,24), quien se identifica como “el discípulo amado de Jesús” (13:23; 20:2); es decir, el amigo terrenal más íntimo. Juan fue uno de los primeros seguidores de Cristo, anteriormente había sido discípulo de Juan el bautista, pero comenzó a seguir a Jesús cuando este último afirmó, respecto a Jesús, “este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Juan era el más joven, y uno de los que tenían carácter más aguerrido, en una ocasión le preguntó a Jesús si quería que él y su hermano Jacobo oraran para que cayera fuego sobre los samaritanos, por esto fueron llamados los hijos del trueno. En cuanto a su linaje, era hijo de Zebedeo y Salomé, pescador y, al parecer, dueño de una flotilla de botes pesqueros.

Los receptores de este Evangelio en principio fueron cristianos de origen griego que estaban siendo perseguidos por Roma. El idioma utilizado originalmente fue el griego debido a que esta era la lengua internacional, equivalente al inglés actual. El propósito de la redacción fue dar a conocer a Jesús íntimamente tal como él lo había conocido al ser “su amigo íntimo”, asimismo quería presentar a los creyentes las obras y palabras que había dicho, para tener una verdadera comunión con Él y con el Padre.

Un dato que nos aporta la lectura del cuarto Evangelio es que el autor conocía muy bien las Escrituras, no escatima al citar muchas veces al Antiguo Testamento, esto no se puede pasar por alto en el estudio de este Evangelio.

Entre otras cosas, el autor tiene en mente refutar la herejía gnóstica en este Evangelio. En tiempo de Juan habían surgidos diferentes enseñanzas incorrectas respecto a Jesús, algunos afirmaban que Él no había venido en carne, sino en espíritu; otros decían que el Dios del A.T. y el del N.T. eran dioses distintos y sin relación. En este tiempo este proto-gnosticismo estaba haciendo caer a muchos del verdadero Evangelio, por lo cual Juan escribe su apología de la fe. En cierta forma el trasfondo tendrá que ver con la iglesia primitiva, las ideas correctas del cristianismo y la visión misma de Cristo.

Habían surgido algunas circunstancias especiales dentro de la iglesia, entre ellas vemos que el cristianismo se había desplazado al mundo gentil; lo que quiere decir que la Iglesia ya no era “judía”, era gentil en su inmensa mayoría. Por lo tanto, era necesario reexplicar el cristianismo. No quiere decir que hubiera cambiado la verdad del Evangelio, sino que había que cambiar los términos y categorías en que se había expresado anteriormente para que así pudiera ser comprendido de mejor manera por una audiencia con creencias diferentes. El mensaje del Evangelio siempre será el mismo, pero la audiencia receptora tendrá mucho que ver con la forma en que se transmite.

Otras circunstancias que debemos analizar son las siguientes: el mundo durante el Nuevo Testamento era muy diferente al mundo del Antiguo Testamento. Los cambios que tuvieron lugar durante cuatro siglos afectaron muchas áreas de la vida del pueblo de Dios. Los romanos eran los que tenían bajo su yugo a Palestina. El pensamiento y cultura de los griegos, en lugar de los dioses de los cananeos, amenazaban con descarriar el pueblo de Dios. La diáspora obligó a muchos judíos a migrar fuera de palestina; en los tiempos del Nuevo Testamento había más judíos fuera de Palestina que dentro.

Hay palabras que se utilizan para conocer el camino de Jesús, para captar el alcance de la misión histórica del Mesías que nos presenta Juan hay que comprender el lenguaje simbólico de las Escrituras: luz, tinieblas, agua, vino, boda, camino, paloma, palabra, etc. Una de las frases más resaltantes de todo el Evangelio de Juan es el “Yo soy”, es de notar la apropiación que Jesús hace con respecto a ella. En Éxodo 3:14 El

Padre le dice a Moisés que Él es el “Yo soy”, por lo que, en el Evangelio de Juan, Jesús está diciéndonos que Él y el Padre son el mismo que le habló a Moisés.

#### **Día 4: “Palabras para atesorar”**

La frase “de tal manera amó Dios al mundo” enfatiza la inmensidad del amor de Dios, “de tal manera” nos hace entender que su amor hacia las personas es supremamente superior a cualquier otro amor, su forma de amarnos es infinita y gloriosa. El amor de Dios es capaz de alcanzar al mundo entero, toda la raza humana. Es por ello que, en reciprocidad, debemos adorarle con todo nuestro corazón.

La Biblia afirma que Dios amó "al mundo" y entregó a su Hijo para que todos los hombres pudiéramos ser salvos (2 Co. 5:19). La grandeza del amor de Dios se puede apreciar en que ha entregado lo más valioso que tenía, a su Hijo unigénito. Otra razón para apreciar el amor de Dios es la grandeza de su propósito, es decir, que ningún hombre se pierda eternamente, sino que tenga vida eterna. La salvación y la liberación de la condenación solamente el Hijo de Dios las podía llevar a cabo.

Otra palabra importante en el Evangelio de Juan es “purificación”. El término se refiere al proceso y las consecuencias de purificar (eliminar las imperfecciones o lo extraño de algo para que recupere su esencia). En religión, la purificación es un ritual que se lleva a cabo para que el cuerpo recupere, de manera simbólica y espiritual, su estado de pureza. Aclaremos este término ya que los discípulos dudaban respecto a esto mismo, lo interesante es que conversaban sobre las acciones de purificarse, pero Jesús les aclara que las cosas terrenales son de la tierra, las espirituales vienen de lo alto. Esto tiene una connotación importante sobre nosotros ya que el bautismo es esencial en la purificación de nuestras almas.

#### **Día 5: “¡Vívelo!”**

Ya estamos en el día cinco de nuestra lección, hemos reflexionado durante toda esta semana el texto de Juan 3:16-31, ahora es necesario atesorarlo en nuestros corazones y poner en práctica los principios aprendidos.

Este texto nos habla acerca de las enseñanzas de Jesús cuando estuvo encarnado en la tierra, Él enseñó su Evangelio; si creemos de todo corazón en Él, nos arrepentimos de nuestros pecados y somos bautizados, no moriremos, sino que recibiremos la vida eterna. Si colocamos toda nuestra fe y amor en Dios, Él promete que viviremos nuevamente, aun después de morir. Debido a su inmenso amor hacia nosotros desea que seamos felices ahora y por la eternidad.

Nuestro texto expresa la esencia del mensaje del Evangelio, las Buenas Nuevas que traen el gozo al corazón de un pecador arrepentido y que esbozan el plan redentor de nuestro Dios. El amor de Dios nos garantiza escapar de la condenación y nos hace herederos de la vida eterna. Se obtiene libertad en Cristo para siempre vivir en una forma transparente y coherente en la luz, creer para no perecer.

El Padre, al enviar a su Hijo, nos trajo salvación, rescate, esperanza, sanidad al mundo a través de Él, pero los que rechazan la salvación se condenan a sí mismos. Todo aquel que hace lo malo aborrece la luz, pero el que practica la verdad viene a la luz (Jn. 3:20). Hay que reconocer la insuficiencia de nuestro poder para obtener la salvación, solamente hay confiar en Dios y pedir que siempre obre en nuestras vidas.

Otro principio importante es que “el hombre no puede recibir nada si no le fuere dado del cielo”. Jesús les respondió a sus discípulos que todo lo que tenía, incluyendo a los que respondieron a su ministerio, era un regalo de Dios. Si ellos son un regalo de Dios, entonces debían ser recibidos agradecidamente.

Todos estos principios nos guían a amar a Dios y guardar sus mandamientos, podemos confiar en que Dios nos ha amado con un amor sin límites e infinito, por lo cual, nuestro amor hacia Él debe ser recíproco, así recibiremos esos regalos que solo pueden venir del cielo, “si lo amas, guarda sus mandamientos”.

*Ricardo Pinedo, Venezuela.*